

TEMAS ESPAÑOLES



5
Pts.

JT - F 2745

EL CAMINO DE SANTIAGO

TEMAS ESPAÑOLES

8 JUN. 1965

EL CAMINO DE SANTIAGO

por

LUIS VAZQUEZ DE PARGA

(Presentación de José Miguel Ruiz Morales)

Núm. 460

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS
Avenida del Generalísimo, 39
MADRID, 1965

T. 118153
C. 71713768

NUMERO DE REGISTRO 2.351 - 65
DEPOSITO LEGAL. M. 5.276 - 65

IMPRESA DEL SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL M. I. T.

R.161738



PRESENTACION

Carta a un amigo norteamericano sobre el Jubileo de Santiago.

por José Miguel RUIZ MORALES

Querido amigo:

Mucho te agradezco tu carta, que acabo de recibir de Boston, en la que me pides información sobre Compostela, «santuario de la Edad Media acerca del cual» —añades— «algo leí cuando era niño».

Empezaré por decirte, así, sin rodeos, que Compostela es el lugar del mundo en que hallarás la paz. Sus campos son verdes, como los de tu Nueva Inglaterra; en el mes de julio, con ocasión de la gran Fiesta de Santiago, brilla sobre sus piedras románicas y barrocas el radiante sol de España.

Si te decides a ir, te aconsejo que llegues a pie. Comprendo que esto te parezca ridículo; pues, ¿para qué tienes tu formidable «Cadillac»? Pero debo insistirte, o más bien rogarte: entra andando en la ciudad. Así empezarás por contemplar las cosas con la tranquila alegría de quien, pudiendo gozar de muchos placeres, saborea el mejor de todos: el de renunciar, el de escoger lo más sencillo. Igual que a tus antepasados europeos, se te pondrá de pronto el corazón a latir apresurado al divisar las torres en la lejanía; estarás pasando entonces junto al «Monte del Gozo», el Mons Gaudii de los peregrinos.

No. No quiero decir esos peregrinos en que tú piensas, las «personas desplazadas» del Mayflower. Estos míos son andariegos, y caminan voluntarios por amor de Dios. Como ya sabrás, hubo un tiempo feliz en la historia, no hace tantos siglos después de todo, en que la humanidad de estas tierras nuestras era una gran familia y su nombre era la Cristiandad. Se le recuerda a uno esto en Santiago con el himno tradicional de los peregrinos a Compostela, el «Canto de Ultreya»; escucha sus latines deliciosamente macarrónicos:

Dum Paterfamilias
Rex Universorum
Donaret provincias
Jus Apostolorum

(Se refiere a cómo Cristo repartió el mundo entre sus Apóstoles y cómo las provincias romanas de España correspondieron a Santiago el Mayor, cuya tumba es venerada en Compostela.)

Lo primero que has de hacer si intentas comprender el tema de esta carta —la grandeza de la tradición compostelana y su Año Santo— es estar preparado a admitir que nosotros, los hombres modernos, a pesar de nuestros ascensores (... perdón, como decís vosotros, «elevadores») y nuestros aviones de reacción, «despegamos» de la materia de este mundo con mucha más dificultad que nuestros homólogos medievales. Y esto te ayudará a aceptar la gran verdad sobre la que descansaba aquella arquitectura espiritual, la primacía del Pontificado —tan combatida desde el siglo XV—, la cual, como doctrina, se halla muy por encima de cuanto se ha glorificado como «derecho internacional» desde tiempos del protestante Grocio, por encima de lo que los franceses llamaban équilibre européen (pues ¿dónde, pregunto, se halla hoy día el equilibrio y dónde Europa?), por encima del Staatensystem de los alemanes, para no mencionar las organizaciones («internacionales») contemporáneas.

Comprendo perfectamente que te estoy exigiendo demasiado sacrificio: el de renunciar a ideas enraizadas de antiguo en tu mente; pero es éste el tributo, la «grandeza y servidumbre», de todo catecúmeno.

A mis amigos los profesores de la Universidad compostelana les gusta citar el conocido comentario de Augusto Comte sobre el Papado en la Edad Media: ce chef-d'œuvre de la sagesse humaine, y les agrada precisamente porque Comte era un positivista que proclamaba su desdén hacia el estadio religioso en la evolución sociológica. También los canonistas se complacen en recordar que Proudhon, el anarquista, confesaba su asombro al advertir que siempre que se plantea un tema político parece brotar ante nuestros pies una cuestión teológica.

La magistratura ecuménica del Pontificado instituyó en Compostela el Jubileo del Año Santo, por primera vez en la historia de la Iglesia, a principios del siglo XII. Reinaba en Roma el Papa Calixto II, de feliz memoria por haber terminado en Worms el largo y venenoso pleito de las investiduras con el Sacro Imperio. El AÑO SANTO COMPOSTELANO recibía su consagración final, décadas más tarde, mediante la Bula Regis Aeterni de Alejandro III en 1179; por su parte, el Año Santo romano se establecía definitivamente más de un siglo después, el año de Gracia de 1300.

Año Santo, Jubileo de los Perdones, toda la metafísica —entendamos con ello el alejamiento de lo material— del verdadero cristianismo está ahí. Creemos en la vida perdurable y creemos en el juicio final; pero también en la posibilidad de redimir nuestros pecados en este mundo, aun siendo esta vida nuestra sólo una «peregrinación» hacia la otra, la verdadera. El Jubileo, que en el Antiguo Testamento era la festividad civil para la remisión de las deudas y la emancipación de los esclavos, se transformó en el ciclo cristiano en una purificación del espíritu, en una amnistía general para traer de nuevo la paz a las conciencias.

Pero Jubileo es, además, otra cosa. Significa multitudes. Un grito «jubiloso» es el que surge de muchas gargantas, tan unánime que no se puede distinguir en él la confusión de lenguas, la gran servidumbre que ha venido separando a los hombres desde la Torre de Babel. De ahí el encanto del Códice Calixtino cuando describe la peregrinación a Santiago en el siglo XII: «Todos los idiomas

del mundo pueden oírse aquí.» ¡Emociona pensar que todos aquellos peregrinos aparecían unidos por el lazo de la Cáritas, ese impulso supremo y generoso que, según San Pablo, vale más que todos los carismas o dones del Espíritu Santo, más que el mismo don de lenguas, más incluso que el don de profecía!

Quizá deba intentar recordarte el fondo histórico dentro del cual decidió la Iglesia Romana crear el Jubileo de las Perdonanzas. Volvamos atrás hasta recobrar el hilo de su misión apostólica. En el Año del Señor 42, Pedro, por una decisión que iba a cambiar el rumbo de la historia del mundo, trasladó su jefatura espiritual desde Antioquía a Roma, capital del poder terreno. El proceso de incorporación culmina en el año 313, al declarar Constantino al cristianismo religión oficial del Imperio. Después viene, durante varios siglos, la dolorosa desintegración de la cultura, que coincide con la caída del viejo orden político romano. Un día Europa es acosada sin respiro por el formidable Imperio Islámico, el cual asume en aquella etapa el papel de Anti-Cristo de las profecías —por favor observa, querido amigo de Massachusetts, el paralelo con los acontecimientos de nuestros días—. Con la ayuda indirecta de los españoles, Carlos Martel, primero de los Carolingios, derrota a los árabes en Poitiers en el año 732, salvando así a la Cristiandad. Su nieto Carlomagno, al ser coronado Emperador de Occidente por el Pontífice León III, en las vísperas de Navidad del año 800, restaura el acontecimiento culminante de 313.

Como recuerdo del 800, todos los años de centenario llevarán consigo una resonancia mágica, vagamente mesiánica, con ecos apagados de Parusia, como la restauración de un antiguo sueño. Pero hay dos esperanzas diferentes en esta nostalgia: la porción de Marta, un nuevo Sacro Imperio; y la porción de María, la comunidad espiritual de todos los cristianos, simbolizada por el Jubileo de los Perdones, el Año Santo. Y ésta es la parte que correspondió a Compostela.

Veamos cómo: El siglo X fue aún demasiado apagado; aplastados por el brillo de las armas y las letras de sus enemigos, los infortunados cristianos casi desaparecen. Alrededor del año 1000, los «terrores del milenio» aniquilan toda energía. En Compostela sólo se ve sangre y ruínas: tres años antes, Almanzor, decidido a acabar de una vez con aquel foco espiritual del cual sacaban los cristianos su inspiración y fuerza, lo saqueó e incendió. Mas la Providencia detuvo milagrosamente su mano cuando estaba a punto de profanar y destruir la tumba del Apóstol.

Sólo hacia el año 1100 (sigue conmigo las fechas en la arquitectura de la Basílica de Santiago; por entonces acaba de terminarse la Portada de Platerías) se concreta la creencia en el rescate ceremonial y en la purificación de las conciencias durante el Jubileo. Se necesitan timoneles para orientar a las gentes, y aparecen dos de estatura excepcional, los cuales —lo diremos en el idioma de nuestros días— «sintonizan» para crear esa celebración universal: en Compostela, Gelmírez, su primer Arzobispo; y en Roma, el Papa Calixto.

Vuelvo a hablarte en términos contemporáneos para que puedas comprender quién era este Calixto II. Probablemente has leído en los periódicos estos últimos años que la tendencia pro-Europa de Monsieur Schuman y Herr Adenauer

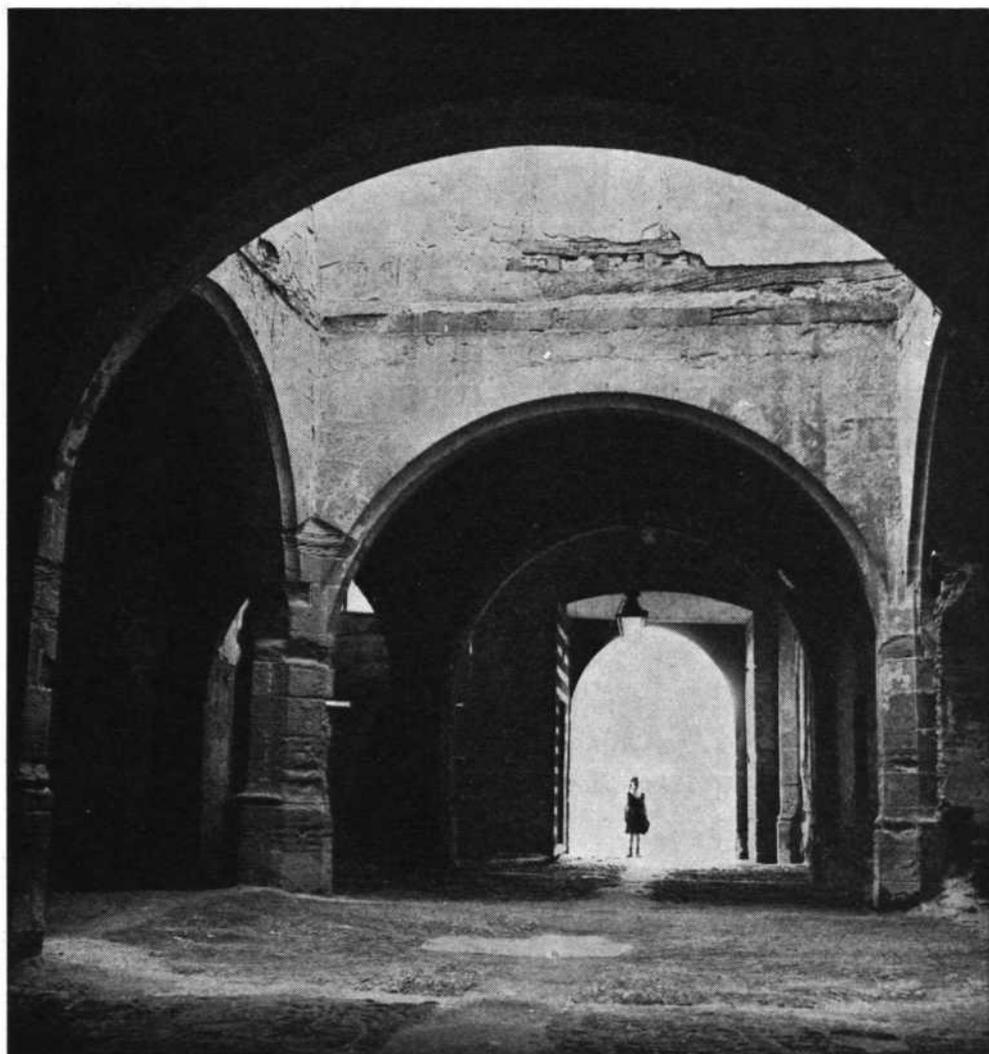
procede de que vieron la luz en territorios de la antigua Lotaringia, la franja intermedia del Imperio de Carlomagno que el Tratado de Verdún (843) atribuyó a Lotario, separando a Francia y Alemania, y cuya elevada misión fue siempre el equilibrio y la conciliación. El Papa Calixto era precisamente Guido, Conde de Borgoña, arzobispo de Viena en el Delfinado, quien desde aquel centro vital de Europa, y especialmente desde la gran Abadía de Cluny y el Santuario de la Magdalena en Vézelay, también en Borgoña, veía partir hormigueros de peregrinos hacia Compostela.

Y como le parecía providencial que acudiesen allá, al Far West de la época, lejos de las zonas que provocaban fricción entre cristianos, y, por el contrario, al escenario de su lucha común por la Reconquista de España, creó el Jubileo del Año Santo en nuestro país, para que los cristianos de todo el mundo se encontrasen en él, como tierra de cruzada, en paz y concordia. Esa es en verdad su bella significación «filadélfica» —la reunión espiritual en amor fraterno—. (Del mismo modo que sabes que hay otro Toledo que no es Toledo, Ohio, sabrás seguramente que hubo otra Filadelfia.)

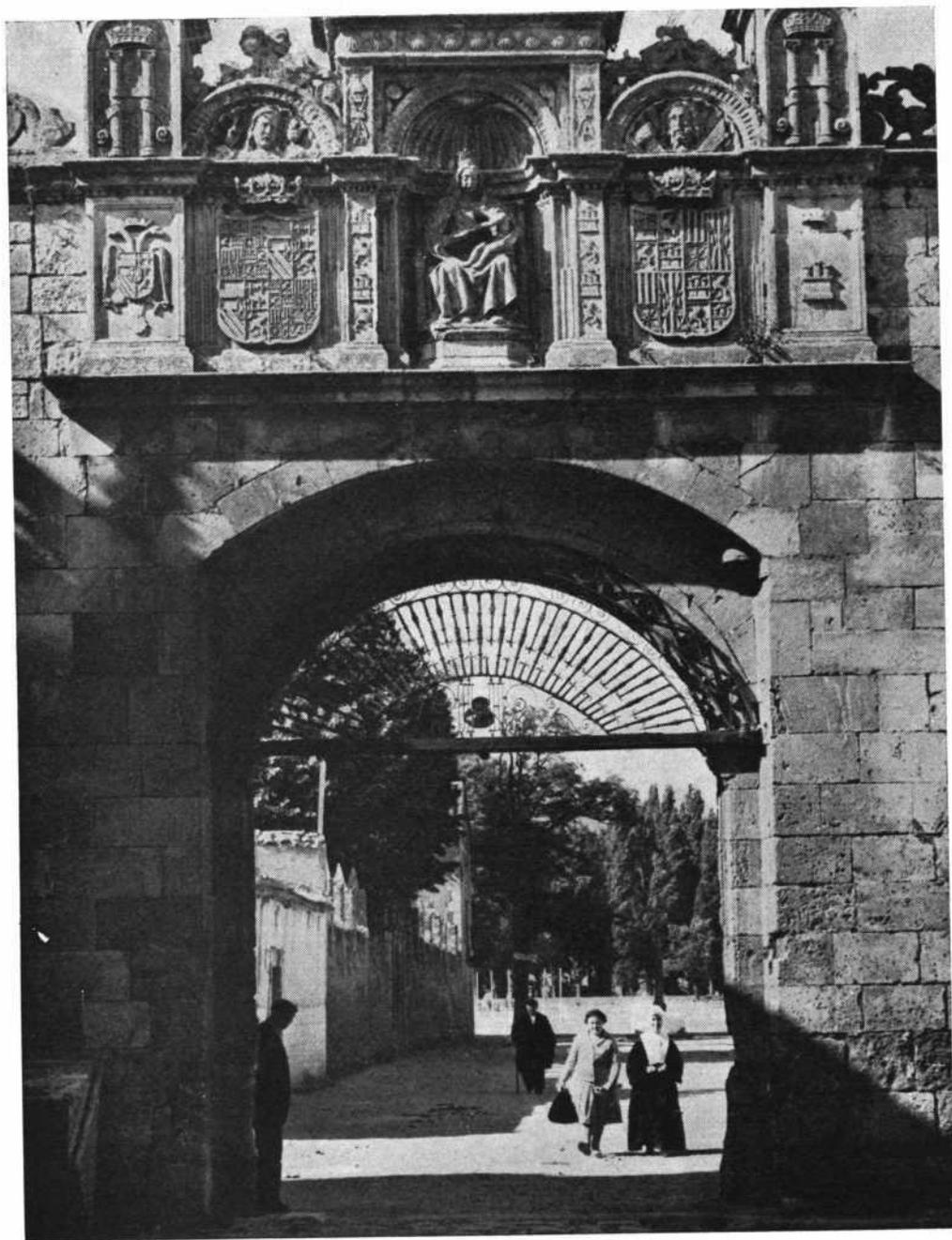
Así transcurre el siglo XII, en plena vigencia del AÑO SANTO COMPOSTELANO. A través de esa caja de resonancia, el Occidente que guarda aún obediencia al Pontífice, todo país recibe la noticia de que, con ocasión del Jubileo, la Iglesia ha concedido a Compostela la gracia especial de la Indulgencia Plenaria. ¿Recuerdas que la remisión de los pecados era la facultad sobrenatural que Jesús se atribuyó a sí mismo? Fue lo que más exasperó a los hipócritas y fariseos; y, sin embargo, toda la renovación espiritual que significó el Nuevo Testamento fue precisamente que Jesús se proclamase «el amigo de los pecadores» y transmitiera a sus apóstoles esta misión de poder y deber perdonar.

En el curso de aquella centuria, Maestro Mateo creó en la Catedral de Santiago el Pórtico de la Gloria, una de las maravillas del arte cristiano. Su Pantocrátor no es heredero de Júpiter tonante; pues desde el parteluz, Santiago —aunque se le llamó Boanerges, «Hijo del Trueno»— acoge a las muchedumbres con gentil sonrisa. Desde aquel entonces los peregrinos han seguido llegando a miles a Compostela. San Francisco de Asís, humilde de corazón, no había pensado jamás en salir de su vida oscura, pero la visión de Compostela, a la que acudían creyentes de todas las razas y de todos los rincones del mundo, le reveló la realidad del inolvidable mandato: «grande es la mies». Por eso inició su vocación fundacional en Compostela, existe hoy una Orden de Frailes Menores, y hay muchas misiones de la Iglesia Católica en países paganos, gracias en parte a otro peregrino a Compostela, el Beato Ramón Lull. Cuando vayas a Santiago, te contarán una bella tradición sobre la estancia de Francisco, a quien albergó el pobre carbonero Cotolay en la falda del monte Pedroso.

A Santiago fueron como romeros, santos y pecadores, prelados y villanos, emperadores y menestrales, toda la grey cristiana, de cualquier estado de gracia, de cualquier edad, sexo, condición y raza. Los peregrinos —de carácter casi sagrado— podían cruzar las líneas de combate entre reyes o mesnadas sin ser



El Santo ermitaño Domingo construye un puente sobre el río Oja y un hospital, que darán origen a la ciudad de Santo Domingo de la Calzada. (Hospital de peregrinos.)



El Hospital del Rey, en Burgos, "fermoso de fechuras", donde "todos los romeros que pasan el camino francés sean recibidos".

molestados. Algo había que se respetaba como superior jerárquico sobre todos. ¿Ves la colosal diferencia que separa a aquel mundo de éste en que vivimos?

Comprenderás ahora por qué los españoles vemos con orgullo que los designios de la Providencia marcaran un día un rincón perdido de nuestra tierra para iniciar una de las muchas nobles iniciativas, como la tregua de Dios, arbitradas por la Santa Iglesia Romana para suscitar entre nosotros los humanos algo parecido a lo que podrá ser el Reino prometido.

Muchos siglos han pasado. El año 1300, Bonifacio VIII, al ver cómo se vertía la multitud en la Ciudad Eterna al conjuro del Año centenario, decidió instituir también el Jubileo Romano mediante su Bula Antiquorum habet fidem. Y cada cincuenta años desde entonces, y desde el siglo xv cada veinticinco años, Roma celebra asimismo esta generosa conmemoración (seguramente conoces a muchos compatriotas tuyos que fueron allá en 1950.)

Si bien aminorado por el esplendor que corresponde a la capital de la Cristiandad, Compostela nunca ha cesado de celebrar su Jubileo. Lo festeja medievalmente, que quiere decir con fuego, con ceremonial; en otras palabras, con fe. Vete a verlo, o, mejor dicho, vete a ganar el Jubileo. Viajarás al único paraje del mundo para el que no se ofrecen simplemente excursiones en «Super-Constellation» o «DC-6»: a la Edad Media.

Y acaso te ocurra que, cuando menos te lo esperes, tengas de pronto una visión de la Civitas Dei.

I. ¿QUÉ ES EL CAMINO DE SANTIAGO?

Fue en el siglo X, muy a sus comienzos, cuando el monarca asturiano Alfonso II, en lucha desigual con la potencia del emir cordobés, consigue afianzar en Oviedo la capital de su reino, modesto en las proporciones del territorio que dominaba, pero con ambiciosas aspiraciones de restaurar en él el goticismo toledano. Ocurre entonces un hecho singular, llamado a tener extensa repercusión en todo el Occidente cristiano: en el territorio de la antigua diócesis de Iria, en el extremo atlántico de la Galicia Romana, Sueva y Visigoda, se descubre por una revelación milagrosa, como era frecuente en la invención de cuerpos santos, el sepulcro del apóstol Santiago el Mayor, decapitado en Judea y trasladado, en una navegación prodigiosa, a Galicia por sus discípulos. Recientes excavaciones arqueológicas, en el subsuelo de la catedral compostelana han dado como resultado, entre otros no menos interesantes, el hallazgo de la losa sepulcral del obispo de Iria, Teodomiro, a quien una tradición, recogida en textos relativamente tardíos, atribuye el descubrimiento del sepulcro de Santiago, reinando Alfonso el Casto y el emperador Carlomagno. Estas mismas excavaciones han permitido determinar la planta de la iglesia construida sobre el sepulcro por Alfonso III, y probables restos de otra anterior más modesta, atribuida a Alfonso II.

Es curioso que ninguna de las dos crónicas asturianas, redactadas en el siglo noveno, diga nada del descubrimiento del sepulcro; pero la más extensa de las dos, cuyo autor es sin duda el propio monarca Alfonso III, si no nos habla de ello, no es porque

su autor lo ignorase, ya que, prescindiendo de las noticias históricas que nos hablan de la iglesia allí construida por él, existió hasta principios de este siglo en la catedral compostelana una cruz de oro dedicada a Santiago, por Alfonso y Jimena en el año 874, y que era muy semejante en su aspecto a la célebre de los Angeles, en la catedral de Oviedo.

Si la tradición de que Santiago había sido el primer evangelizador de España se había extendido por el Occidente cristiano ya antes de la invasión árabe, como lo prueba una inscripción métrica compuesta en 709 por San Adhelmo de Malmesbury, la noticia del descubrimiento del sepulcro hubo de difundirse muy rápidamente, puesto que la encontramos ya consignada en un texto añadido al martirologio de Floro de Lyon, en el segundo tercio del siglo noveno, e incorporado, antes del año 860, por Adón, al texto del suyo, y después, a través de éste, a los posteriores de Usuardo y Notker. Estos martirologios históricos, aunque carecían de carácter oficial, gozaron de gran prestigio hagiográfico y tuvieron mucha difusión en las iglesias del Occidente cristiano, contribuyendo, sin duda, a propagar en ellas la noticia del descubrimiento, en el finisterre gallego, de la tumba apostólica. Aunque entonces no se hablaba más que de la celebridad de su veneración entre las gentes españolas, bien pronto había de extenderse ésta desde los países vecinos a los más remotos, y la peregrinación compostelana había de competir en importancia con las de Jerusalén y Roma.

El monasterio de San Martín de Albelda, en la Rioja navarra, era, a mediados del si-

glo x, un brillante foco de cultura, de que da muestra el célebre códice conciliar Albeldense, que guarda hoy la biblioteca de San Lorenzo de El Escorial, y otros manuscritos notables. En uno de éstos, el monje Gómez, escribiendo en enero del año 951, nos ha conservado la primera noticia de autenticidad indubitable sobre la peregrinación ultrapirenaica, al decirnos que escribió el libro —un manuscrito del tratado de San Ildefonso de Toledo sobre la virginidad de María— «forzado por el obispo Gotescalco, que por motivo de oración, saliendo de la región de Aquitania, con una gran devoción y acompañado de una gran comitiva, se dirigía apresurado a los confines de Galicia para implorar humildemente la misericordia de Dios y el sufragio del apóstol Santiago...» Este obispo del Puy, en Velay, no era sin duda el primer francés que hacía el viaje a Compostela, ya que la noticia de su paso se consigna sin la menor extrañeza; pero no estará de más recordar que su iglesia, muy famosa entre los musulmanes españoles, es precisamente la que encabeza una de las rutas principales, que en el siglo XII seguían los peregrinos franceses para marchar a Compostela.

Si es seguro que muchos peregrinos ultrapirenaicos precedieron al obispo del Puy, no lo es menos que otros muchos hubieron de seguirle. Peregrinos devotos ansiosos de saludar al Señor Santiago en su sepulcro gallego; otros, a quienes la peregrinación les había sido impuesta en el tribunal de la penitencia como expiación, tal vez, de un crimen; otros, condenados por un tribunal civil. Pero todos van unidos por una fe común, un común deseo de postrarse ante el Apóstol. Para los españoles de entonces —se entiende los de la España cristiana— Santiago está en trance de convertirse en un santo militar. En los primeros decenios del siglo XI, es invocado como «buen caba-

llero» por los naturales del país que frecuentan su templo, y se nos cuenta que ello provocó la indignación de un peregrino griego que recordaba los pasajes evangélicos en que aparece como un pescador de Galilea. Pero el propio Santiago le increpará por la noche, montado en su caballo y llevando en la mano las llaves de la ciudad de Coimbra, que va a entregar al rey castellano. Ello no quiere decir que, pese a la estampa clásica, adoptada más tarde por la Contrarreforma alemana, del «Santiago Matamoros», en el apóstol gallego no encarne mejor la tolerancia que corresponde a un señor de tan diversas gentes. En el siglo XII, la historia compostelana relata con complacencia el milagro que hace a favor de un embajador musulmán en la corte de la reina Urraca. Y, a este propósito, hace notar el cronista que ya entonces eran tantos los peregrinos que apenas permitían caminar hacia el Occidente.

Porque la peregrinación, al difundirse, ha creado el camino de Santiago. Y esto obliga a plantearnos una interrogante, ¿qué es el camino de Santiago? Es evidente que no puede haber un camino único de Santiago, si no es el que vio el Carlomagno de la leyenda, trazado en el cielo estrellado. El peregrino había de seguir caminos muy diferentes según fuera su punto de partida o la nación de que procediera; tampoco todos seguían el camino de tierra, y hubo un tiempo en que naves inglesas arribaban al puerto de La Coruña cargadas de peregrinos que podían así disfrutar de las ventajas de un salvoconducto colectivo. Sin duda, lentamente y con fluctuaciones, la corriente de los peregrinos fue canalizándose por caminos determinados, y estos caminos fueron cristalizando, primero en Francia y en España, donde iba concentrándose el flujo peregrino.

En España el camino debió, en un princi-

pio, coincidir sustancialmente con la carretera romana que llevaba de Burdeos a Astorga, y que aparece descrita, en sentido inverso, en el Itinerario de Antonino bajo el epígrafe DE HISPANIA IN AEQUITANIA. Se atribuye al monarca navarro Sancho el Mayor la iniciativa de haberlo llevado más al Sur, por Nájera, Briviesca y Amaya, abandonándose entonces el itinerario más antiguo que seguía el valle del Araquil para entrar en Alava, y después tocaba en las viejas ciudades romanas de Briviesca, Tricio y Sasamón. Poco después, el monarca navarro García el de Nájera (1035-1054), y algo más tarde Alfonso VI, el castellano y leonés, y Sancho Ramírez, navarro y aragonés, favorecen la peregrinación y se ocupan de la ruta en su aspecto material y jurídico. Así, vemos que Alfonso VI, en 1072, cuando acaba de regresar de su forzada estancia en la corte de Almamún de Toledo, suprime el portazgo del castillo de Santa María de Autares, que tenían que pagar los que entraban en Galicia. El mismo rey funda hospitales y favorece al santo ermitaño Domingo, que ha construido sobre el río Oja un puente y un hospital, en un paraje hasta entonces infestado de ladrones, lo que habrá de dar origen a la población que después se llamará Santo Domingo de la Calzada. Por otra parte, la Crónica de Pelayo de Oviedo dice, del rey Alfonso, que hizo reparar todos los puentes que había desde Logroño hasta Santiago. Nobles y obispos compiten en fundaciones piadosas, siguiendo el ejemplo dado por el rey. En 1090, por iniciativa de Sancho Ramírez, surge sobre el Ega la nueva ciudad de Estella, etapa adecuada en el camino entre Pamplona y Nájera.

A fines del siglo XI, el camino de Santiago está firmemente establecido, con sus ciudades y nuevas pueblas, sus hospitales y sus puentes. El ejemplo de Santo Domingo

de la Calzada es seguido por su discípulo e imitador Juan de Quintana Ortuño, cuyo nombre va unido a la fundación del monasterio de San Juan de Ortega, a la salida del peligroso paso de los Montes de Oca.

Al comenzar el siglo XII, el camino de Santiago aparece fijado para los peregrinos que acuden a visitarle por las carreteras de la Europa medieval. El autor de la llamada «Guía de los peregrinos», que formaba el libro V del *Liber Sancti Jacobi*, conoce cuatro itinerarios en tierra francesa: la *Via Egidiana* lleva por Saint-Gilles-du-Gard, Montpellier y Toulouse, al Somport de Canfranc. Era esta la vía de Provenza que recogería a los peregrinos que vinieran de Italia. Borgoñones y teutones seguían la *Via Podiense*, donde encontraban los grandes santuarios de Notre-Dame-du-Puy, Sainte-Foy-de-Conques y Saint-Pierre-de-Moissac. Otra tercera iba por Vézelay, Saint-Leonard y Perigueux. La cuarta, la *Via Turonense*, aunque la Guía la haga arrancar de Tours, venía desde París por Orleans, llevando después a Poitiers, Saint-Jean-d'Angely, Saintes y Burdeos. Estos tres últimos itinerarios venían a reunirse en Ostabat para cruzar el Pirineo por el puerto de Ibañeta y Roncesvalles.

II. LOS ITINERARIOS ESPAÑOLES

Los itinerarios españoles que describe la Guía son dos a la entrada de España, según que utilicen los puertos del Somport de Jaca o de Ibañeta-Roncesvalles. Los dos puertos fueron, sin duda, practicados ya en tiempos romanos, y el segundo fue indudablemente utilizado por la carretera romana que enlazaba Burdeos con Astorga. Esta hubo de ser siempre la de mayor circulación, y no parece que nunca haya sido preferida la entrada por Jaca y el curso del río Aragón. Había un motivo fundá-

mental para que el camino de Roncesvalles fuese preferido al de Somport, aun prescindiendo de la atracción evidente que no dejarían de constituir los recuerdos épicos del primero: entre el Pirineo y Puente la Reina este camino venía a ser, aproximadamente, como la hipotenusa de un triángulo, cuyos otros dos lados los formase el camino del Aragón, con su vértice opuesto en Jaca. Aun para aquellos que hubieran seguido el camino de Provenza hasta Olorón, había de ser más ventajoso el subir desde allí al Hôspital-Saint-Blaise, para seguir por Mauléon y Ordiap hasta Ostabat.

La Guía medieval, muy parca en indicaciones itinerarias en territorio francés, precisa, en cambio, las etapas en tierra española. Son éstas tres desde el Somport a Puente la Reina, en Borce, Jaca y Monreal. Desde Saint-Michel, en el puerto de Cisa, hasta Santiago cuenta trece etapas, en Viscarret, Pamplona, Estella, Nájera, Burgos, Frómista, Sahagún, León, Rabanal, Villafraña del Bierzo, Triacastela, Palas de Rey y Santiago. Este itinerario resulta desconcertante, pues las etapas son muy desiguales sin atención a su dureza, resultando alguna desmesurada, incluso para jinetes, con cerca de noventa kilómetros. Por otra parte, comprobamos que su autor conocía muy bien el camino que describe, enumerando las poblaciones por las que pasa, incluso algunas aldeas insignificantes, e indicando los ríos que cruzan el camino, teniendo cuidado de precisar, con un criterio que hoy nos parece arbitrario, la calidad de sus aguas. Una peculiaridad de esta Guía es la que pudiéramos llamar la preocupación arqueológica y artística de su autor, que le lleva a describir con minuciosidad y precisión el edificio de la catedral de Santiago y obras de arte como el arca de San Gil o el frontal del altar mayor de la basílica compostelana. Por otra parte, muestra también curiosida-

des de filólogo, dando para un pez los dos nombres distintos con que lo designan poitevinos e italianos, y, sobre todo, un pequeño vocabulario vasco, que es el primer testimonio escrito sobre dicha lengua. Son interesantes también las caracterizaciones que hace de los habitantes de los diferentes países por que pasa el camino, pudiendo reconocerse, en las negras tintas con que hace la pintura de navarros y vascos, la huella del encono que existía entre los francos repobladores de varias de las ciudades del camino y la población indígena, agravado por el desconcierto que había de producir en los primeros la incomprensible lengua vasca.

El camino de Jaca descrito por la Guía hubo de abandonarse casi por completo, relativamente pronto, por la corriente general de los peregrinos. En cambio, a comienzos del siglo XIII, después de haberse incorporado Alava y Guipúzcoa a la Corona de Castilla, se pone en uso un nuevo camino, que llevaba de Bayona a Burgos, y que hubo de ser adoptado por muchos de los peregrinos que venían de París y Burdeos. Desde Bayona, por Irún, Tolosa, el célebre túnel de San Adrián y Vitoria, este camino se unía en Burgos con el que venía por Roncesvalles y Pamplona. Uno y otro, con los nombres de carretera baja y alta, son descritos al finalizar el siglo XV por el fraile servita alemán Hermann König de Vach, en una Guía para peregrinos compostelanos impresa en Estrasburgo, por primera vez, en 1495. El autor dice con sencillez, al comienzo del libro, cuál es su modesto propósito: «Yo Hermannus König de Vach quiero, con la ayuda de Dios, hacer un pequeño librito, que se llamará El Camino de Santiago». A comienzos del siglo XVIII seguían en uso los dos caminos, y así vemos a Guillermo Manier, un sastre picardo, que nos ha dejado un curioso relato de su pe-

regrinación, entrar en España por Irún, pasar el túnel de San Adrián, y perderse en Pancorbó, buscando Santo Domingo de la Calzada, atraído por la fama del célebre milagro allí localizado.

Claro está que había otros caminos, que seguirían los peregrinos catalanes, como los portugueses o andaluces; pero ninguno de ellos canalizó una corriente suficientemente fuerte para imprimirle carácter. Los nombres de «Camino de Santiago» y «camino francés» suelen reservarse para el itinerario clásico descrito por la Guía, extendiéndose a veces a la desviación que desde León hacían los peregrinos para visitar San Salvador de Oviedo, célebre por sus reliquias, siguiendo después, los más de ellos, por Mondoñedo y Lugo a Santiago. Este camino de Oviedo lo menciona ya un itinerario inglés en verso, que puede datar de finales del siglo XIV, donde se dice que en San Salvador pueden verse dos de las vasijas en que se cambió el agua en vino, en las Bodas de Caná, y otras muchas reliquias.

En la Guía de König, antes mencionada, se indican, como ya dijimos, dos itinerarios, seguidos por los alemanes de la Baja y la Alta Alemania. Este último, arranca del célebre santuario suizo de Nuestra Señora de Einsiedeln, y por Berna, Ginebra, Chambéry, Valence, Montélimart, Nimes, venía a enlazar en Montpellier con la vía Tolosana. En el itinerario de regreso sigue, desde Burgos, el camino de Irún, y su recorrido coincide esencialmente con el trazado de ferrocarril actual hasta París, y desde allí por Arrás y Mons, hasta Bruselas, siguiendo por Lovaina y Maestrich hasta Aquisgrán, donde termina la Guía.

Muy interesante es el «Viaggio in Ponente a S. Giacomo di Galitia», escrito por el clérigo boloñés Domenico Laffi, jacobita entusiasta, que hizo tres veces la peregrinación a Santiago, en 1666, 1670 y 1673,

describiendo en su libro, el segundo de sus viajes. Esta obrita, impresa en Bolonia en 1673, es un buen testimonio de que la peregrinación compostelana era todavía algo vivo en la segunda mitad del siglo XVII, a pesar de las rudas embestidas que había recibido en el siglo anterior por parte de los humanistas y de los protestantes. Laffi sale de Bolonia, siguiendo hasta Piacenza con el mismo recorrido de la romana via Aemilia, coincidente con el de la carretera y ferrocarril actuales, siguiendo a Milán y Turín. Cruza los Alpes por el Mont-Cenis, pasa por Susa y Briançon, siguiendo el curso del Dora-Riparia y del Durance hasta Taillard, y de allí, por la región montuosa del Jura saboyano, a Carpentras y Avignon, para tomar en Nimes el camino que seguían los peregrinos de la Alta Alemania. Al entrar en España, por Ibañeta, encuentra en pie la antigua capilla, ya sin puertas ni ventanas, y borrosos los relieves y pinturas que rememoraban en ella a los héroes de la gesta carolingia, que vemos vivos todavía en la imaginación de Laffi.

III. EL PEREGRINO JACOBITA

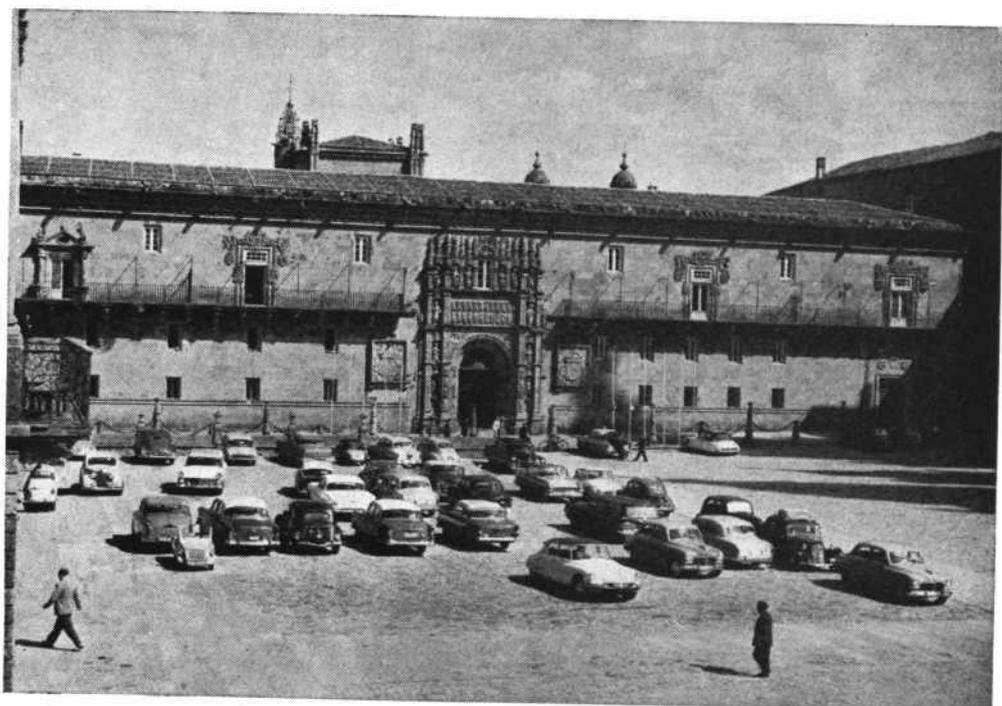
Al mismo tiempo que el camino, adquiere fisonomía propia el peregrino jacobita. Sus dos atributos característicos son la esportilla y el bordón. La «pera», según la describe el *Liber Sancti Jacobi*, es un saquillo estrecho, hecho de la piel de un animal muerto, con la boca siempre abierta y no atado con cordones. También dice que eran particularmente estimadas las de piel de ciervo, que se vendían en el *Paraíso*, ante la puerta norte de la catedral compostelana. Pero la forma de la escarcela o esportilla variaba mucho, así como su tamaño, aunque vino a generalizarse la bolsa ligeramente trapecial, más ancha por abajo, cerrada con tapa y adornada con la concha

o venera. El bordón es, en su origen, el bastón del caminante, que le sirve de apoyo y ayuda en los pasos difíciles, y para defenderse si se ve atacado. Es un palo alto y cilíndrico, terminado en un extremo por una contera de hierro puntiaguda, y en el otro, por un pomo, a veces doble, y entre los dos un gancho, del que frecuentemente cuelga la escarcela o esportilla, y otras veces la calabaza y aun la venera, en las representaciones de Santiago peregrino. Porque la imaginación popular acabó identificando al santo Apóstol con el peregrino que acudía a su santuario. Así lo encontramos ya, en el siglo XII, en la que fue abadía famosa de Santa Marta de Tera, en la provincia de Zamora, y en la Cámara Santa de la catedral de Oviedo. Aunque muy diferentes ambas imágenes, tosca y ruda la de la abadía zamorana, en su franco realismo, estilizada y aristocrática la ovetense, una y otra llevan la esportilla marcada con la concha venera. La impresión realista se acentúa cuando, en contra de todas las normas vigentes en la tradición iconográfica de la representación de los apóstoles, aparece Santiago tocado con el sombrero de viajero de anchas alas recogidas de manera diversa.

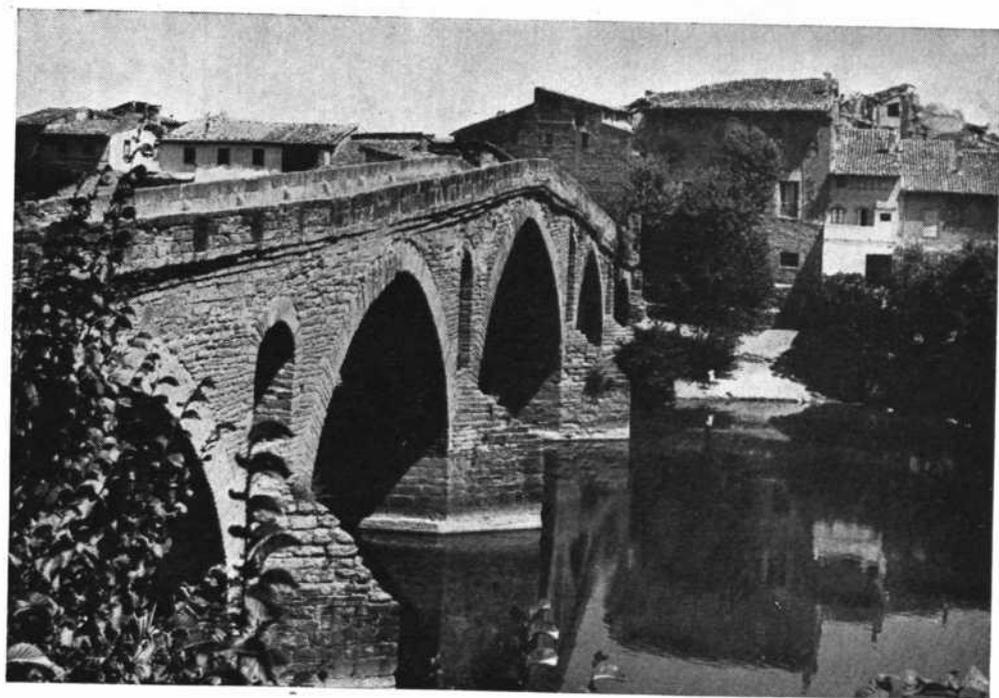
El peregrino, en atención a la motivación religiosa de su viaje, es objeto de una consideración especial y de una especial protección, por parte de la legislación civil, que le exime de pagar portazgos o peajes por aquellas bestias que lleva consigo para su uso personal, mientras otras varias disposiciones hacen más llevadera su situación anómala de extranjero en los varios casos jurídicos que pueden presentársele. Sin embargo, el peregrino se encontraba expuesto a muchos peligros, y no pocos, en las mismas posadas en que había de hospedarse, y de ahí sin duda, la inmensa popularidad que tuvo el milagro de Santiago, localizado

primero en Toulouse y después en Santo Domingo de la Calzada, que ponía patente la especial protección del Santo a sus devotos peregrinos.

La protección del peregrino no se limita a la esfera jurídica, sino que toma cuerpo en diversas instituciones hospitalarias, alguno de cuyos fundadores mereció ser elevado a los altares. Son obra de reyes y de nobles, pero también de simples particulares, aunque más generalmente de órdenes religiosas o militares. Entre las más célebres se cuentan las dos del Pirineo, la de Santa Cristina del Somport, hoy desaparecida, pero que la Guía del siglo XII menciona entre las tres más célebres del orbe, y la más reciente de Roncesvalles, de fama más duradera. De este último hospital, un poema latino, de comienzos del siglo XIII, decía que «su puerta está abierta a todos, enfermos y sanos. No sólo a los católicos, mas a los paganos. A judíos y heréticos, ociosos y vanos, y diciendo breve a buenos y profanos.» Había hospitales en todas las poblaciones importantes del recorrido y en los pasos difíciles, especialmente en los puertos de montaña, como Foncebadón y El Cebreiro. La primera de estas dos casas hospitalarias había recibido del rey Alfonso VI privilegio de inmunidad para su coto, y Fernando II de León concedió a ambas nuevos beneficios. En Burgos, el Hospital del Rey, fundación de Alfonso VIII, mereció mención especial en la Crónica General de Alfonso X: «... Et fizol grand a marauilla, et fermoso de fechuras... et con tantas riquezas le ensanchó y lenriqueció... que todos los romeros que passan el camino francés et de otro logar, dond quier que uengan, que ninguno non sea refusado dend, mas todos recebidos, et que ayan y todas las cosas que mester les fueren de comer et de beuer et de albergue, en todas las oras del dia et de la noche quando quier que



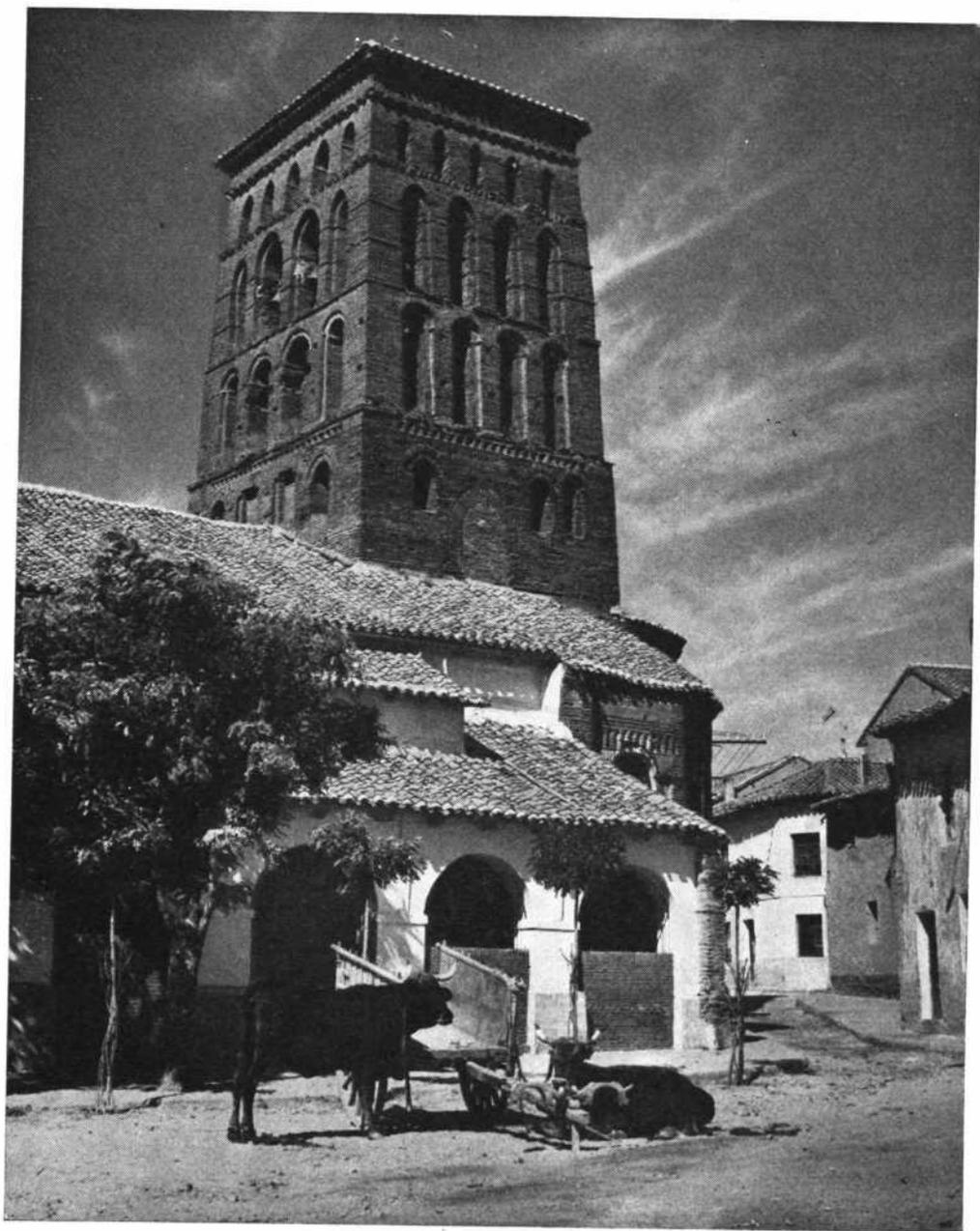
El Hospital de los Reyes Católicos, en Compostela, resulta hoy como ayer insuficiente ante la gran afluencia de gentes.



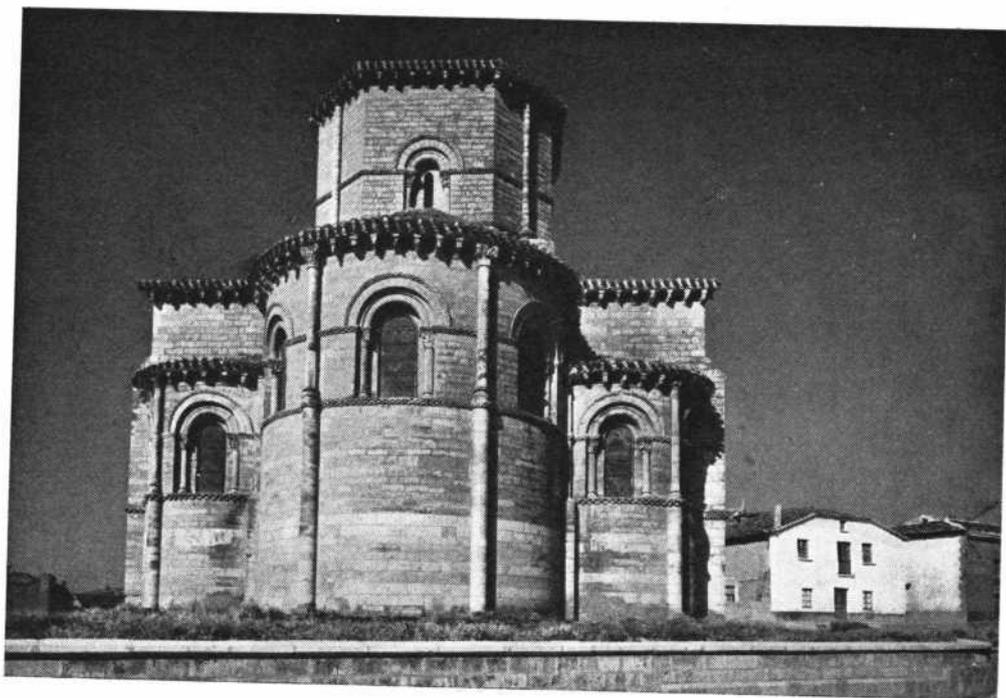
Puente la Reina, donde se unían los dos caminos del Somport y de Roncesvalles, el puente dio nombre a la población nacida del camino.



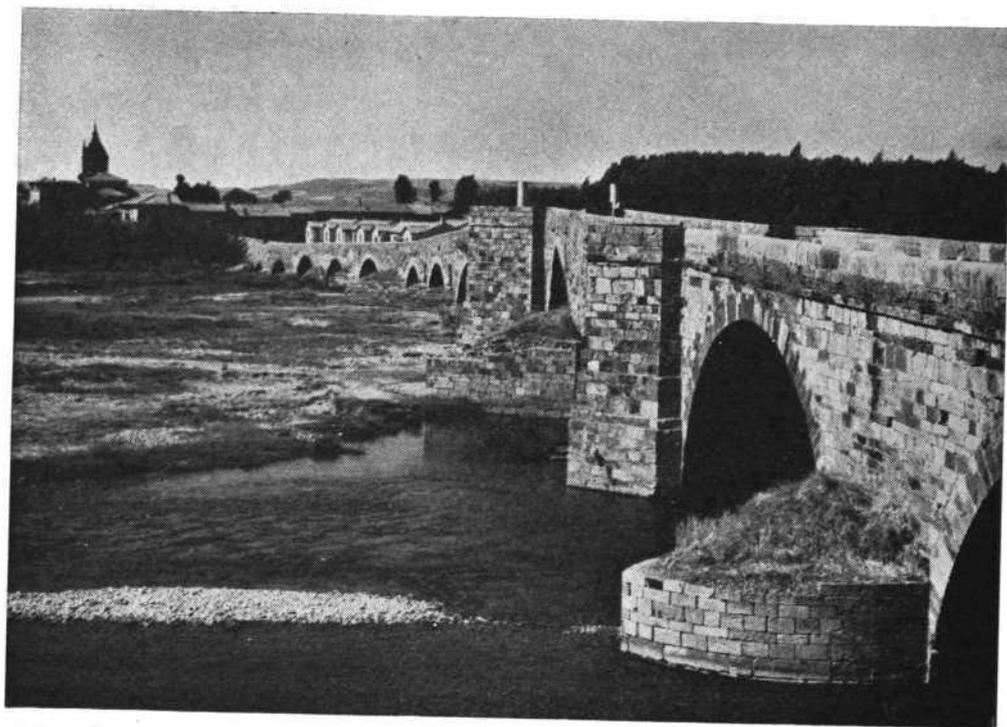
Burgos, "caput Castellae", es un gran relicario de arte y de historia.



Frómista, en el viejo camino de Santiago, con su bella iglesia románica de San Martín.



Arruinado el famosísimo monasterio benedictino de Sahagún, en la villa actual se levantan iglesias como la de San Tirso.



Entre León y Astorga, los peregrinos pasaban el Orbigo por el puente donde se ilustró el caballero leonés Suero de Quiñones, en el famoso Paso Honroso.

lleguen; et a todos los que y quisieren albergar que les sean dados buenos lechos et complimientos de ropas.» Laffi, ya avanzado el siglo XVII, dice todavía que en San Marcos de León «marcan el bordón, como también hacen en Burgos.» Esta costumbre se explica en las Ordenanzas del Hospital Real de Santiago, del año 1524, diciendo que ello se hace para que los peregrinos no estén en él más de cinco noches en invierno y tres en verano. Era natural que en estos hospitales se tomasen medidas para defenderse de los falsos peregrinos, vagos y maleantes, que al socaire de la peregrinación querían explotar sus malas artes. En el propio *Liber Sancti Jacobi* se previene contra aquellos que llama «*cinnatores*», los cuales lanzaban en la madrugada el grito de alianza «*Deus, adiuva, sancte Jacobe*», para atraer a los peregrinos, que después eran desvalijados o muertos. Para evitar estos peligros, solían reunirse los de una misma comarca en épocas fijadas, para emprender el viaje en una fecha determinada, lo que explica que se hable en documentos de la iglesia compostelana de peregrinación de la Pascua y de San Miguel, épocas del año en que la afluencia de peregrinos debía ser mayor. Prueba de ello es el hecho de que en otras épocas, aunque no faltasen por completo las ofrendas de los peregrinos, no bastaba la cera que ellos llevaban, para el alumbrado de la iglesia del Apóstol.

Es comprensible que en la inmensa afluencia de gentes, los hospitales y casas religiosas que hospedaban peregrinos, no fuesen suficientes, y que éstos tuviesen que recurrir a las posadas. Sobre las del siglo XII nos informa un célebre sermón, que el mismo *Liber* citado coloca bajo la autoridad del Papa Calixto II. Aunque no podamos asentir a la paternidad propuesta, ello no obsta para que aceptemos como fundadas las quejas que en él se dan de los posaderos y de

sus malas artes: los presenta saliendo a las afueras de la población, haciéndose los encontrados con los peregrinos y besándoles como si fueran parientes suyos que venían de lejanas tierras. Prometían todo lo bueno y daban todo lo malo. Les hacían probar un vino excelente y les vendían después, si podían, el peor. Otros les vendían carne o pescado en malas condiciones, que hacían enfermar a los peregrinos. Usaban pesas y medidas falsas y engañosas. Al sacar el vino del tonel procuraban echar agua en el jarro. Cuando, por la aglomeración, el alojamiento era escaso, no tenían reparo en echar a los huéspedes recibidos si otros les ofrecían una prima mayor. A veces se llegaba a extremos criminales, cuando les emborrachaban para robarles dormidos, o, aún más, los envenenaban para quedarse con sus cosas. También hacían un negocio saneado, vendiendo a los peregrinos cirios, que éstos deseaban ofrendar en la iglesia, y que ellos falsificaban con grasa de cabra y cociendo con la cera habas despellejadas. No menores desventuras experimentaban los que trataban de cambiar moneda de su país, pues no recibían por ella más de la mitad de su valor, y los mismos guardianes de los altares en que solían hacer ofrendas los peregrinos, sobornaban a los posaderos, para que éstos inclinasen el ánimo de sus huéspedes en favor de los encomendados a su custodia.

En la propia catedral compostelana se velaba, no sólo en la vigilia del santo, en que la iglesia aparecía adornada con cortinas y tapices, y en el suelo se esparcían hierbas y juncos, sino que era costumbre de los peregrinos velar en la iglesia compostelana la noche de su llegada, por lo que sus puertas permanecían abiertas noche y día. Agrupábanse para velar por naciones, y las naves de la basílica, iluminadas por las luces de innumerables cirios, llenaban

sus ámbitos con los cánticos que los peregrinos entonaban en sus lenguas nativas, acompañándose de instrumentos variados. Algunas veces, las rivalidades nacionales eran motivo de reyertas, en las que, en algunas ocasiones, había heridos y aun muertos; no debiendo ser estos hechos poco frecuentes, cuando el Papa Inocencio III, a petición del arzobispo Pedro Muñiz, dispuso que la iglesia compostelana pudiese ser reconciliada, sin necesidad de una nueva consagración, después de que hubiera sido profanada por un derramamiento de sangre.

En cuanto la campana llamaba con su tañido a la misa matinal, el *arqueyro*, o guardián del arca de la obra, donde se recogían las ofrendas de los peregrinos para la construcción y conservación de la fábrica del templo, estaba junto a ella, y con la vara que tenía en la mano daba golpes a los peregrinos, para llamar su atención, mientras que un clérigo revestido de sobrepelliz invitaba a depositar allí sus ofrendas, en varia jerga, con la que trataba de remedar el habla de cada grupo de ellos. Así, a los que venían de la Tierra de Campos y de Extremadura, les decía: «E vos de Campos e del Extremo, acá veinde, a la archa de señor Santiago. Las comendas que trahedes de mortos et de vivos para la obra de señor Santiago, acá las echades, et non en outra parte.»

Sobre el altar mayor de la catedral había ya en el siglo XII una imagen de Santiago sentado. Un viajero alemán, que estuvo en Compostela al terminar el siglo XV, habla de la costumbre que tenían sus compatriotas, motivo de burla para las gentes del país, de colocar sobre su cabeza una corona de plata que había sobre dicha imagen. Este debió ser el origen de la «apreta», aún hoy practicada, y que consiste en que los peregrinos, subiendo por las escaleras que hay

detrás del altar, abrazan a la imagen del Apóstol, diciéndole, según algún testimonio antiguo: «Amigo, encomiéndame a Dios.» Sabemos también que los peregrinos, no sabiendo qué hacer en ese momento con sus sombreros, no tenían reparo en tocar con ellos la cabeza del santo, que cambiaba así, a cada momento, de sombrero.

Probablemente hemos de ver en estas aglomeraciones permanentes de romeros, en el interior de la iglesia compostelana, el origen del colosal incensario, o «botafumeiro», que recorre los brazos del crucero casi de extremo a extremo, y cuyo sahumero había de tenerse por beneficioso si no necesario.

IV. EL CÓDICE CALIXTINO

No es posible tratar del camino de Santiago y de la peregrinación compostelana sin dedicar algún espacio al ya citado *Liber Sancti Jacobi*, conocido vulgarmente como Código Calixtino, nombre del más célebre de sus manuscritos, que guarda aún hoy el Archivo de la catedral de Santiago. Su autor le dio el nombre de *Iacobus*, que no ha prosperado, y lo presenta como una compilación litúrgica y hagiográfica, siendo efectivamente estas materias las que llenan el número mayor de sus hojas. El libro segundo, íntegro, es una colección de milagros de Santiago. El tercero reanuda la materia hagiográfica con la traslación de Santiago y sus tres fiestas. El que fue libro IV, hoy desglosado del código primitivo en el manuscrito compostelano, es la *Historia Karoli Magni*, o *Historia Turpini*, especie de libro de caballería a lo divino, en el que el emperador de la barba florida y sus pares aparecen como santos y mártires, que reciben del apóstol el encargo de liberar su sepulcro, sirviendo así de ejemplo a los

cruzados franceses que tomaban parte entonces en la reconquista aragonesa. El primitivo libro quinto era la Guía a la que hemos aludido repetidas veces. Encabezado el *Liber* por una bula de Calixto II, a quien se trata de hacer pasar por el principal autor de su texto, lleva en los folios finales, y copiada con letra diferente, otra carta, también falsificada, de Inocencio II, que hubo de forjarse después de 1138, o lo más pronto en dicho año. El libro se dice donado a la iglesia de Santiago por Aymerico Picaud, poitevino, presbítero de Parthenay-le-Vieux, al que parece acompañaban Oliverio de Iscan y Gerberga. Aunque nada sabemos de la vida y persona de este Aymerico, nos place imaginarlo como un clérigo vago, familiar de los caminos que llevaban a los santuarios más concurridos, desde Jerusalén a Compostela. En él hemos de reconocer, ya que no al autor de toda la materia, pues muchas de las piezas que componen la colección tiene un origen muy antiguo, sí, sin duda, al autor de la Guía, y muy probablemente también de la Historia de Turpín y de varios de los sermones, así como la idea y composición de la obra. De todas las partes del *Liber Sancti Jacobi*, ninguna alcanzó la fama y difusión que tuvo la Historia de Turpín, como dan fe el número extraordinario de manuscritos en que todavía se conserva.

Hubo un momento en el siglo XI, en que los peregrinos que recorrían los caminos de Compostela, y los cruzados que venían a combatir a los moros, se acostumbraron a considerar como patrón suyo a Carlomagno y también a los héroes que le acompañaron en sus expediciones. Tanto en los caminos de España como en los que llevaban hacia ella, en el sur de Francia, los peregrinos encontraban mil recuerdos del paso de Carlos, acabando por figurárselo como el evangelizador de España por la espada, el fun-

dador de la iglesia de Santiago, y el primero que había habilitado el camino que llevaba a la tumba del Apóstol, arrancándolo de manos de los sarracenos. El arzobispo Turpín, que no había muerto en Roncesvalles, como quiere el autor de la Chanson, convaleciente de sus heridas en Reims, escribe esta historia para satisfacer la curiosidad de un deán de Aquisgrán amigo suyo. Cuenta cómo Santiago se aparece a Carlomagno, que descansaba de sus victorias, y mostrándole el camino de estrellas, que desde el mar de Frisia y a través de Gasconia, Navarra y España, llegaba hasta Galicia, le increpa exhortándole a que recobre de los sarracenos el camino que lleva a su sepulcro y la tierra en que descansa su cuerpo: «El camino de estrellas que has visto —le dijo— significa que tú irás a Galicia al frente de un gran ejército, y que después de tí, todos los pueblos irán en peregrinación, hasta la consumación de los siglos. Vé, yo te ayudaré, y en recompensa de tus fatigas obtendré de Dios para ti la gloria celestial, y tu nombre permanecerá en la memoria de los hombres mientras el mundo dure.» El Emperador reúne sus ejércitos, entra en España, donde las murallas de Pamplona se desploman, como las de Jericó, sigue hasta El Padrón, donde hunde en el mar su lanza, regresando a Francia después de residir tres años en Compostela, donde dota a su iglesia con el oro ganado a los sarracenos. Vuelve el Emperador a España segunda y tercera vez, para combatir a Aigolando, que ha llegado de Africa, y es vencido y muerto ante los muros de Pamplona, como también el gigante Ferragut de Nájera lo es por Rolando. Nuevamente Carlomagno visita, enriquece y ensalza la iglesia compostelana, a la que adjudica el segundo lugar entre las apostólicas, después de la de Roma. Vuelto otra vez a Francia, Marsilio y Beligando, reyes de Zaragoza,

traman con el traidor Ganelón la emboscada de Roncesvalles. Rolando muere como un santo mártir de la fe, con los brazos en cruz. En los santuarios de la ruta de regreso, que es la misma que seguían muchos peregrinos franceses para venir a España, va dejando el Emperador los cuerpos de los héroes santos. La muerte de Turpín la cuenta el Papa Calixto II, quien decide que sus restos, como los de los demás paladines de Roncesvalles, deberán recibir culto de mártires.

La Crónica de Turpín sólo se explica en relación con los dos hechos que entonces polarizaban la atención de la Europa cristiana en relación con España: las peregrinaciones a Compostela y la Cruzada contra los musulmanes españoles; y es posible, incluso, que antes de ser recogida y adobada por Aymerico, existiese ya en forma diferente, nacida en uno de los burgos de «francos», frecuentes en el camino de Santiago y donde las leyendas carolingias estarían vivas entre el pueblo. En muchas de las canciones de gesta francesas tardías del ciclo carolingio, se observa la influencia del Seudo Turpín y la presencia del camino de Santiago. El Anseis de Cartago no sólo conoce este camino, sino que fue en él donde su autor debió recoger el argumento que sirve de trama a la fábula de su *roman*, ya que éste no es otro que el de la popularísima leyenda del rey Rodrigo y La Cava. También su acción se desarrolla a lo largo del camino de Santiago, y Carlomagno aparece como el paladín del Apóstol, encargado de despearlo.

Si el florecimiento de la lírica gallega, que parece iniciarse ya en el primer tercio del siglo XIII con Palla, juglar del rey Alfonso VII, ha sido atribuido a los contactos con juglares de ultrapuertos, facilitados por la corriente peregrinal, también la transformación de los primitivos poemas breves de

la poesía heroica castellana en cantares de gesta extensos, como el poema del Cid, hacia 1140, tendría para Ramón Menéndez Pidal el mismo origen. Conocemos incluso un pequeño fragmento de un poema español de Roncesvalles, en el que Carlomagno aparece como reconstructor del camino de Santiago, según la versión galicana que tan desabrido eco había de encontrar en nuestros cronistas medievales. La misma figura de Bernardo del Carpio, aliado con los sarracenos para derrotar a los franceses, es una contrafigura de Rolando, sobrino como él de Carlomagno y su compañero en hazañas. No hay que olvidar tampoco que para el castellanísimo poeta del Poema de Fernán González, la posesión del sepulcro gallego eleva a España sobre Inglaterra y Francia:

*Pero no olvidemos al apóstol honrrado
Fijo del Zebedeo, Santiago llamado.
Fuerte mient quiso Dios a Espanna honrrar,
Quando el santo apóstol quiso y enbiar
D'Inglatierra e Francia, quiso la mejorar.
Sabet non yaz apóstol en tod aquel logar.*

Entre los milagros de Santiago reunidos en el *Liber Sancti Jacobi*, se cuenta en el capítulo V del libro II, el de unos peregrinos alemanes, que viajaban con rico equipaje y que al llegar a Toulouse se hospedan en la casa de un hombre acomodado, pero avaricioso y desalmado, que trama la manera de apoderarse de sus riquezas. Para esto, después de embriagarlos, esconde un vaso de plata en el saco de uno de ellos, aprovechando su sueño. Los peregrinos parten con la alborada siguiente, al canto de los gallos, y el mal huésped hace que sean perseguidos. Al detenerlos se encuentra el vaso de plata en el equipaje de uno de ellos, que hacía la peregrinación con su hijo. El supuesto ladrón es condenado por el juez a

ser ahorcado. El hijo se sacrifica por el padre y es llevado al suplicio, mientras que éste sigue su camino a Compostela. Pero al volver a pasar por la ciudad francesa, a su regreso, después de treinta y seis días, el peregrino encuentra a su hijo vivo, todavía colgado del patíbulo. Con gran asombro suyo, el ahorcado le manifiesta que Santiago le ha mantenido vivo, y al anunciarse el milagro, el hijo es bajado de la horca y el hostelero colgado en su lugar.

Sin que sepamos cómo, este milagro, que había tenido muy amplia difusión literaria al haber pasado a las obras de Vicente de Beauvais y de Voragine, va a localizarse más tarde en una ciudad española del camino, en Santo Domingo de la Calzada. Allí lo oyó contar un peregrino francés, el Señor de Caumont, que hizo la peregrinación en 1417. En la iglesia había un gallo y una gallina blancos, y para explicarle su presencia, le contaron una historia, que él transcribe con todo detalle y nosotros resumiremos aquí: Un padre y una madre se alojan con su hijo, camino de Santiago, en una posada de la ciudad; el hijo era un guapo mozo y encendió el fuego amoroso en una de las sirvientas. Rechazada ésta, para vengarse, esconde una taza en la escarcela del muchacho. Acusados los peregrinos por la sirvienta, y descubierta la taza, el muchacho es condenado a ser ahorcado, mientras sus padres, acongojados, proseguían su peregrinación. A su regreso, al acercarse a la horca, para pedir por el alma de su hijo, lo encontraron bueno y sano, manifestándoles que un noble varón le había sostenido por los pies todo ese tiempo. Los padres van en busca del juez, para pedirle que mande descolgar a su hijo, y lo encuentran sentado a la mesa, con un gallo y una gallina en el asador sobre el fuego. Al oír la pretensión de los padres, el juez, incrédulo, les dice que tan fácil-

mente creería él que su hijo estaba vivo como que aquellas aves medio asadas cantarían, y en aquel momento el gallo y la gallina salieron del asador y cantaron. El juez hace bajar al muchacho del patíbulo, y ahorcar en su lugar a la falsa acusadora. Y desde entonces hay en la iglesia de La Calzada un gallo y una gallina blancos, descendientes de los que, ya asados, cantaron ante el juez, dando así testimonio a favor de un inocente. Los peregrinos veían allí «la habitación en que echaron a andar y el hogar en que fueron asadas».

Con el siglo xv, la leyenda se difunde, narrada por los peregrinos como el hecho más prodigioso que habían conocido en su viaje, y la encontramos, con deformaciones que denotan su transmisión oral, en los más variados países, no faltando su representación en obras de pintura alemanas dedicadas a Santiago, como en Uberlingen, Gielsdorf, y Rothenburg ob der Tauber, mientras que en Francia aparece en muchas vidrieras de iglesias, y sabemos que también sirvió de tema para un «misterio», que hubo de ser representado frecuentemente por las cofradías de peregrinos. Sin embargo, a pesar de haberse difundido tanto, no tuvo sino escasa repercusión en el dominio literario. Prescindiendo de *La farce du pendu dépendu*, de Henri Gheon, que tomó su argumento de la Leyenda Dorada, apenas si podemos citar más que la obra de un escritor inglés, hoy poco leído, Robert Southey, cuyo título: «El peregrino de Compostela, siendo la leyenda de un gallo y una gallina, a honor y gloria de Santiago», encubre una sátira contra la religiosidad española.

V. UN MEDIO DE RELACIÓN CULTURAL

Es indudable que el camino de Santiago, arteria por la que circulaban personas e

ideas, riquezas y formas artísticas, fue durante la Edad Media, el medio de relación más eficaz entre la España cristiana, arrinconada y amenazada de absorción por la cultura superior islámica, y el Occidente europeo. En este aspecto adquiere profundo sentido simbólico la figura del Carlomagno legendario, promotor de la peregrinación compostelana. El camino, tal como lo describe la Guía medieval, tiene como principal cometido el de poner en relación los grandes centros religiosos, que eran en la Edad Media los que tenían reliquias más notables. Por estos caminos circula una turba anónima de peregrinos, y, entre ellos, eclesiásticos y artistas, atentos a las novedades y deseosos de promoverlas. Por el camino van y vienen los maestros de cantería y los escultores. Vemos al maestro Esteban, después de haber trabajado en Compostela, dirigir las obras de la catedral románica de Pamplona. Las relaciones artísticas entre León, Jaca y Compostela han sido destacadas por Gaillard al estudiar su escultura. Las semejanzas entre las portadas de Saint Sernin de Toulouse y la de las Platerías de Santiago son las más llamativas; pero también en la abadía de Conques, en el corazón de Auvernia, encontramos ecos santiagoeses, que sólo la peregrinación y el camino pueden explicarnos. Indudables en la escultura, las relaciones entre Conques y Compostela han sido discutidas por los historiadores del arte y explicadas en diferentes sentidos. Probablemente podrá probarse una influencia de Conques en Santiago y un contragolpe de la escultura compostelana en Conques. Y no deberá ello extrañarnos, pues un camino se recorre siempre en dos sentidos. Así lo vio hace tiempo Emile Mâle, cuando contaba, pocas semanas después de visitar la mezquita de Córdoba, su asombro al encontrar en ella los mismos modillones, que le eran bien cono-

cidos por varios monumentos románicos franceses. Estos modillones de lóbulos o de rollos, llamados por los franceses *a copeux*, o *de virutas*, recordaba haberlos visto en Clermont, en la iglesia de Notre-Dame-du-Port, donde también había arquerías trilobuladas, como las de la entrada del mihrab de la mezquita de Córdoba. La alternancia de dovelas blancas y rojas en los arcos de la mezquita traían a su recuerdo las del claustro de la catedral del Puy, donde alternan las de piedra blanca y negra. Además, en la fachada de la iglesia francesa hay arcos lobulados, y dos de las tres grandes arcadas que dan acceso a su vestíbulo tienen forma de herradura. Cuando meditaba sobre estas semejanzas, se acordó de que las puertas de la misma catedral llevan, recuadrando los tableros esculpidos con escenas de la vida de Cristo, unas borduras con caracteres árabes. Diez años después, en 1923, ampliaba el estudio de las relaciones entre la España árabe y el arte románico. Ahora creía ver en ellas una prueba más de la acción que sobre el arte habían tenido los itinerarios seguidos por los peregrinos medievales, en este caso los de aquellos que iban a Compostela. Le Puy, que es para Mâle la ciudad francesa en que aparecen más manifiestas las influencias árabes, era también, según la Guía del siglo XII, el arranque de uno de los cuatro caminos seguidos por los peregrinos franceses para ir a Santiago. Y concluye, que aunque la España árabe haya dado al arte románico tan sólo algunos ornamentos, gracias a ellos «la gran epopeya de la peregrinación a Santiago ... está escrita en el crucero de Cluny, en el campanario de la Charité-sur-Loire, en la fachada de Notre-Dame-du-Puy».

Otro problema de la historia artística que aparece intimamente ligado con el de la acción que sobre ella pudieron ejercer las rutas seguidas por los peregrinos medievales

es el del grupo de iglesias llamadas «de peregrinación», y a las que caracteriza el amplio desarrollo de su planta, con una gran nave abovedada con cañón, reforzado con perpiaños, y flanqueada por naves laterales cubiertas con bóvedas de aristas, sobre las que van unas tribunas abovedadas con medios cañones y abiertas al interior de la nave central con ventanas formadas por arcos gemelos de medio punto bajo otro de la misma forma, y partidas por columnitas centrales. Las naves laterales aparecen también a los lados de los amplios brazos del crucero, en los cuales suelen abrirse, al este, varias capillas. La capilla mayor está rodeada por una girola, o pasillo, en la que se abren también capillas en forma radial. Esta creación solucionaba felizmente el problema de dar cabida a grandes multitudes de peregrinos y facilitar su circulación por las naves laterales y la girola; al mismo tiempo las tribunas ofrecían nuevo y amplio espacio en las grandes aglomeraciones, y desde ellas muchas personas podían seguir las ceremonias que se desarrollaban en la iglesia en los días de festividades solemnes. Todas estas características se daban reunidas en cinco iglesias, cuyas semejanzas fueron señaladas y estudiadas sistemáticamente por Dehio y von Bezold, en 1892, quienes señalaban a la iglesia de Tours como el prototipo de las otras. El intento de Kingsley Porter de transferir este papel a la iglesia de Santiago no ha encontrado común asentimiento, aunque la serie de cuestiones que plantea la cronología respectiva de estos edificios, esté aún lejos de haber sido resuelta satisfactoriamente. Sin entrar en ellas, nos limitaremos a repetir las palabras de E. Lambert, quien dice que en la iglesia de Compostela «se ve llegar a su perfección más completa la misma concepción que en Limoges y en

Toulouse, con tanta armonía como en Limoges y con más lógica que en Toulouse». Y según el mismo Lambert, representa «al final del *camino francés*, la obra más perfecta de las cinco grandes iglesias estrechamente emparentadas entre sí, de las cuales las otras cuatro se levantaban en Francia, sobre cada una de las principales rutas de la peregrinación a Galicia: Saint-Martin de Tours, Sainte-Floy de Conques, Saint-Martial de Limoges, Saint-Sernin de Toulouse».

Todos estos ejemplos que hemos citado de la acción del camino interpretado; en su sentido activo de circulación humana en los dos sentidos de una ruta, no son los únicos, ni hemos de creer que a ellos se haya limitado la vigencia de la peregrinación compostelana. A título de ejemplo recordaremos que aun la independencia de Portugal se ha querido interpretar como una consecuencia mediata de ella. Sin ir tan lejos, no cabe duda de que ella fue la principal responsable de la europeización románica de la España medieval, que se manifiesta en los más variados aspectos de su vida, desde las altas jerarquías de la iglesia ocupadas por extranjeros, hasta el cambio de rito y de letra. No queremos decir con esto, que todo ello se produjera como consecuencia directa de la peregrinación, pero sí, que ésta produjo las circunstancias en que ellos pudieron tener un más fácil desarrollo y una repercusión más amplia. Sin la peregrinación compostelana y todos los fenómenos concomitantes con ella, el aislamiento de nuestra Península y su mozarabismo pudieron haberse prolongado hasta términos insospechados. En este sentido podemos decir con verdad que el camino de Santiago fue uno de los nexos más fuertes que unieron a España al Occidente cristiano, en un momento decisivo de su historia.

VI. BREVE ITINERARIO DEL CAMINO DE SANTIAGO.

El que pudiéramos llamar camino «Clásico» de Santiago no es difícil de seguir por el peregrino moderno, o por el turista, aunque su itinerario no figure en las guías al uso. Los puntos principales de su recorrido están enlazados por modernas carreteras, y los monumentos y paisajes que se encuentran compensan con creces lo que pueda tener de incómodo el salir de los itinerarios comúnmente seguidos. Por otra parte, la atención oficial de estos últimos tiempos ha velado por facilitarlos, mirando por la señalización del camino en su recorrido, y ha atendido a dotar sus principales etapas de albergues y paradores. Es, por tanto, fácil, sin esclavina ni bordón, ni aun cabalgadura, el repasar las viejas rutas en un moderno automóvil, y para el uso de ese moderno peregrino van pensadas las páginas siguientes, que quisieran ser un brevísimo indicador de algunas de las cosas que encontrará el viajero en él, haciendo hincapié en los recuerdos santiaguistas y prescindiendo de aquellos monumentos que, por su importancia, encuentran su lugar en todas las descripciones.

El viajero que viene de Francia deberá subir desde San Juan de Pie de Puerto, después de pasar los puestos fronterizos de Arnéguy y Valcarlos, a Ibañeta, por una carretera de múltiples revueltas. Una vez superado el puerto, y a la vista de las lamentables ruinas de la que fue Capilla de Carlomagno y antes monasterio de San Salvador de Ibañeta, si las nieblas, frecuentes, lo permiten, podrá desde allí dilatar su mirada por el Valcarlos, antes de bajar a la Colegiata de Roncesvalles, pegada al pie del monte, pero ya en lugar más despejado. Es ésta la heredera de la gran hospedería de Nuestra Señora de Roncesvalles, fundada

en 1132 con el objeto de ayudar a los peregrinos que morían en el paso del Pirineo, sofocados por un alud de nieve o devorados vivos por los lobos. De esta fundación, cuyo magnífico espíritu de liberalidad hemos tenido ya ocasión de notar, queda allí la iglesia, que después de haber sufrido en el año 1400 un terrible incendio, ha sido recientemente restaurada con poca fortuna. Es un edificio de tres naves, separadas por gruesas columnas cilíndricas con zócalos y capiteles corridos, de un carácter gótico muy puro. Bella imagen de la Virgen titular y magnífica la antigua sala capitular, hoy capilla de San Agustín, del siglo XIV, con bellos capiteles muy maltrados, y el sepulcro del rey navarro Sancho el Fuerte, y de su esposa, fundador de la iglesia. A la salida se encuentra la pequeña capilla de Santiago, gótica del XIII, «el edificio medieval mejor conservado de Roncesvalles», y la capilla de Sancti Spiritus, destinado a osario de los peregrinos, construida en el siglo XII, pero que la leyenda decía levantada por Carlomagno en honor de su sobrino Roldán. En ella se veía la roca hendida por el héroe al intentar en vano romper su espada. Un poco más allá se encuentra la llamada Cruz de los Peregrinos, levantada en el siglo XIV, ya en la llanura que se extiende hasta Burguete. El camino, muy pintoresco, sigue entre hayas y praderías hasta Espinal, para subir al puerto de Erro y pasar a la cuenca del río Arga, que se cruza cerca de Zubiri (pueblo del puente, en vascuence). De Larrasoña a Pamplona, el camino sigue el fondo del valle hasta Villava, ya a la vista de Pamplona. En la capital del reino navarro, ciudad de abolengo romano, pueden verse en el nuevo Museo, algunos bellos restos escultóricos, principalmente capiteles, de la antigua catedral románica, sustituida por la actual gótica, con magnífico claustro y bellas portadas



En Ponferrada, el castillo recuerda los tiempos en que lo ocuparon los caballeros del Temple.



Las torres de la catedral de Santiago, que los peregrinos vislumbran por primera vez desde el Monte del Gozo.

esculpidas, y refectorio, hoy convertido éste en museo diocesano. En el interior de la iglesia de San Cernin (San Saturnino), que daba nombre a uno de los barrios de «francos» de Pamplona, bella imagen de Santiago protegiendo a un peregrino.

Saliendo de Pamplona, camino de Estella, se deja a la izquierda el viejo camino de peregrinos, que iba por Cizur Menor a Guendulain y se unía a la actual carretera para pasar por Astrain, el puerto, que se llamaba antes de la Reniega, y hoy del Perdón. En Puente la Reina el camino de Roncesvalles se unía con el que venía del Somport de Jaca, siguiendo el curso del río Aragón. Además del bello puente que le da nombre, hay en Puente la Reina una iglesia románica de Santiago con notable portada de arco interior lobulado y la iglesia del Crucifijo, que toma su nombre del notable gótico, que parece obra renana de hacia 1400. La carretera actual pasa al pie de Cirauqui, dejando a la izquierda el camino antiguo, que subía al pueblo situado en un alto, con la iglesia de San Román, de bella portada románica. Poco después se cruza el río Salado, cuyas aguas acusa la Guía falsamente de venenosas. Cuenta su autor que cuando iba a Santiago encontraron allí dos navarros afilando sus cuchillos, que les dijeron el agua era buena y potable, pero cuando la bebieron las cabalgaduras, dos de ellas murieron y los navarros se apresuraron a desollarlas.

Estella surgió en 1090, por empeño del rey García Ramírez, donde estaba la población de Lizarra. Allí, dice la Guía, el peregrino encontraba buen pan, excelente vino, mucha carne y pescado, añadiendo que estaba llena de toda felicidad. Hoy sigue mereciendo el calificativo de la Bella, que le da un adagio del siglo xv. Además de las iglesias románicas de San Pedro la Rúa, con un bellissimo claustro, Santa Ma-

ría y San Miguel, se visitará la iglesia del Santo Sepulcro (siglo xiv), y el que fue palacio real, en cuya fachada románica, Martín de Logroño esculpió un capitel con el combate de Roldán y Ferragut, narrado en la crónica de Turpín. A la salida de esta ciudad se encuentra el monasterio de Irache, por donde pasaba el camino de Santiago antes de la fundación de Estella, con una iglesia románico-ogival del siglo xii. Más adelante, Torres de Sansol, donde hay una capilla funeraria octogonal con bóveda de nervios de crucería hispano-árabe. Se pasa por Viana, con recuerdos de la muerte de César Borgia, antes de llegar a Logroño, que era para los peregrinos medievales la primera ciudad de España que encontraban. Allí el *cornado* (moneda navarra) dejaba el paso al maravedí. En sus iglesias (Santiago, Santa María del Palacio, San Bartolomé, Santa María la Redonda) no se conservan recuerdos santiaguistas. Al llegar a Navarrete, a la izquierda de la carretera, puede verse el pórtico del antiguo hospital, que sirve hoy de entrada al cementerio. Nájera, la capital histórica de la Rioja, cerraba una de las etapas de la Guía. Su monasterio de Santa María la Real fue panteón de los reyes de Navarra.

Entre Nájera y Santo Domingo de la Calzada, tentará al viajero la desviación al monasterio de San Millán, con el recuerdo del santo visigodo y los magníficos marfiles románicos de su arca, así como la pequeña iglesia mozárabe. Santo Domingo de la Calzada, además de su nombre y origen, va unido indisolublemente al camino jacobita por haber acaecido allí el célebre milagro, pudiendo verse todavía en su iglesia catedral el gallo y la gallina blancos que lo recuerdan. De sus plumas, los antiguos peregrinos querían obtener presagios sobre el éxito de su viaje, adornando con ellas sus sombreros. Por Grañón y Belorado, se llega

a Villafranca Montes de Oca, en cuyas inmediaciones estuvo la ciudad episcopal de *Auca* que da nombre a los Montes, paraje temeroso para los peregrinos, hasta que el piadoso Juan de Quintana Ortuño fundó la iglesia de San Nicolás, hoy de San Juan de Ortega, como dice en su testamento, conservado en la iglesia, «en servicio de los pobres, en el camino de Santiago, en un lugar habitado antes por ladrones, que de noche y de día expoliaban y mataban a los peregrinos». Hoy San Juan de Ortega queda desviado de la carretera, que siguiendo también un viejo camino de peregrinos, va por Zaldueño a Ibeas de Juarros, mientras que el otro camino seguía por Atapuerca, Rubena y Gamonal, hoy en la carretera de Briviesca a Burgos.

Burgos, *caput Castellae*, es un gran relicario de arte y historia. No hablaremos de su catedral, ni del célebre monasterio de Las Huelgas, concretándonos a los recuerdos de la peregrinación compostelana, importantes aquí, como corresponde a la ciudad en que confluían los dos grandes caminos de Puente la Reina y de Miranda. De entre los muchísimos hospitales que tuvo, sobrepasó a todos en importancia el fundado por Alfonso VIII, llamado por antonomasia el Hospital del Rey. En el pintoresco rincón de la plazuela de San Lesmes, pueden verse aún algunos restos del antiguo hospital de San Juan, fundación de Alfonso VI, y cuyo recuerdo va unido al del santo Adelelmo o Lesmes. En la orilla izquierda del Arlanzón estuvo el convento de San Agustín, hoy desaparecido, donde los peregrinos veneraban el célebre Cristo, que hoy puede verse en una capilla del claustro de la catedral, que se decía obra de Nicodemus y haber sido encontrado en el mar por un mercader que venía de Flandes. «Los peregrinos —dice Lacarra— entraban en la ciudad por la llamada calle de las

Calzadas, teniendo a su izquierda el convento y hospital de San Juan, y a la derecha, la iglesia de San Lesmes; pasaban el puentecillo que hay sobre un arroyo que hace de foso al recinto murado, y, atravesada la Puerta de San Juan, entraban en la calle del mismo nombre. Al pasar junto a la catedral, podían rendir pleitesía a Santa María y a sus santos protectores Santiago y San Nicolás, que desde el siglo XI tenían altares en la misma, alojándose en el barrio de Santiago o en el de San Esteban, situados al pie del castillo, y los más ricos en el barrio de San Lorenzo, que era el de los mercaderes.» Al irse poblando la orilla izquierda del Arlanzón, los peregrinos, que salían antes por el barrio de San Pedro de la Fuente, donde estaba el hospital del Emperador, lo harían entonces por el puente de Santa María, para ir al Hospital del Rey ya fuera de la ciudad.

Entre Burgos y Sahagún, el camino de Santiago se separa de la carretera actual, que va más al Norte, yendo por Tardajos, Hornillos del Camino, Hontanas, Castrojeriz, Itero del Castillo e Itero de la Vega, a Frómista, y de allí por Villalcázar de Sirga a Carrión de los Condes y Sahagún. Castrojeriz es una típica población del camino, extendiéndose su caserío en cinta y amplio arco al pie de la altura dominada por el ruinoso castillo, al que debe su nombre. Villalcázar de Sirga encontró un eco de su fama, como santuario mariano, en un grupo de cantigas de Alfonso el Sabio, y en el templo actual, la capilla de Santiago guarda los nobles sepulcros del infante Don Felipe, hijo de Fernando el Santo, y de su mujer Doña Leonor Ruiz de Castro. Carrión apenas si guarda hoy algún menguado resto del que fue magnífico monasterio benedictino de San Zoilo en la Edad Media, aunque sí da idea de la importancia que conservaba en el siglo XVI, su magnífico claus-

tro plateresco. Hoy el visitante dirigirá su atención preferente al espléndido friso románico en la fachada de la iglesia de Santiago y a la portada, también románica, de la iglesia de Santa María del Camino. Sahagún debió su nacimiento al celeberrimo monasterio de los santos Facundo y Primitivo, restaurado en los primeros años del siglo X por Alfonso III, y en el que introdujeron la reforma cluniacense, en 1079, monjes llegados de Cluny, y a cuyo auge, que el arzobispo Don Rodrigo compara al que tuvo en Francia la casa matriz, no fue ajena su situación en el «Camino francés». La iglesia románica, de dimensiones excepcionales, ha perecido, dejando sólo restos lamentables. En las inmediaciones de Sahagún coloca el seudo Turpín los combates entre Carlomagno y Aigolando, en los que florecieron las lanzas de aquellos guerreros cristianos que habían de recibir la palma del martirio.

Por Mansilla y Villarente llegaban los peregrinos a León, pasando el Torio por el Puente de Castro, que dio nombre a la población, llamada antes Castro de los Judíos. La ciudad de León, heredera de la *Legio VII* romana, la califica el *Liber Sancti Jacobi* de «urbs regalis et curialis», ciudad regia y cortesana, diciéndole llena de todas las felicidades. De la importancia que, aun dentro del mismo casco de la ciudad, tenía el paso de los peregrinos, puede darnos idea un documento de Fernando II, en 1168, por el que dispuso que el camino, que antes pasaba por la iglesia de San Marcelo, fuese por la puerta Cauriense y por delante de la iglesia de San Isidoro, para salir por la puerta que el mismo rey había hecho abrir en el muro, y que Uría identifica con la que más tarde se llamó de Renueva, siguiendo después al puente de San Marcos, junto al cual había desde 1152 un hospital, hoy al

este de la gran casa, de la Orden militar de Santiago.

Entre León y Astorga, los peregrinos cruzaban el Orbigo por el puente, donde el año de Perdonanza de 1434 se ilustró el caballero leonés Suero de Quiñones, en el famoso «Paso honroso». Desde Astorga, vieja ciudad romana, capital del convento jurídico de su nombre, cuya importancia vino a oscurecer el crecimiento de la vecina León, se ofrecían dos caminos: uno, tal vez el más antiguo, iba por el puerto de Manzanal, mientras que el otro, después el preferido, por El Ganso, donde hubo un hospital, y por Rabanal del Camino, subía a Foncedabón, en el llamado antiguamente Monte Irago, donde hubo una iglesia de San Salvador, con su hospital. Cercana se levantaba la Cruz de Ferro, en la que cónico montón de piedras, arrojadas a su pie por los viandantes, da testimonio de una vieja costumbre de los peregrinos, perpetuada después por los segadores gallegos que pasaban a Castilla.

El camino seguía por Manjarín y El Acebo a Molinaseca y Ponferrada, cuyo nombre aparece ya en la Guía del siglo XII, y cuyo castillo conserva el recuerdo de los caballeros del Temple, que fueron señores de la villa allí nacida. Entre Ponferrada y Villafranca, el camino coincide esencialmente con la carretera actual, pasando por Cacabelos, lugar de la mitra compostelana, que Gelmírez reconstruyó en 1108, y en cuya iglesia de Santa María de la Plaza hay todavía una cabecera románica. Villafranca, citada ya con ese nombre en la Guía de los peregrinos, fue puebla de «francos» en la confluencia de los ríos Burbia y Valcárcel, y tiene una iglesia románica dedicada a Santiago. Desde allí, el camino seguía la margen izquierda del Valcárcel por un valle encajonado entre montañas, y dominado en la Edad Media por los castillos enfrentados

de Autares y Sarracín, inmediatos a Vega de Valcárcel, y desde los cuales se exigían a los peregrinos onerosos peajes. Muy cerca de Ruitelán, por un puente, se cruzaba a la margen derecha del río, y, antes de llegar a Piedrafita, el camino antiguo se desviaba a la izquierda para buscar el puerto del Cebrero, a 1293 metros de altitud, donde había un monasterio, cuya gran antigüedad parece haberse confirmado recientemente, y cuya iglesia se dice escenario de un célebre milagro eucarístico. Hoy el viajero puede disfrutar del magnífico espectáculo que se domina desde aquella altura, y seguir por reciente carretera un itinerario semejante al de los peregrinos medievales, hasta Triacastela. Entre ésta y Sarria, la fama del monasterio de Samos atraería sin duda a muchos peregrinos, aunque no pa-

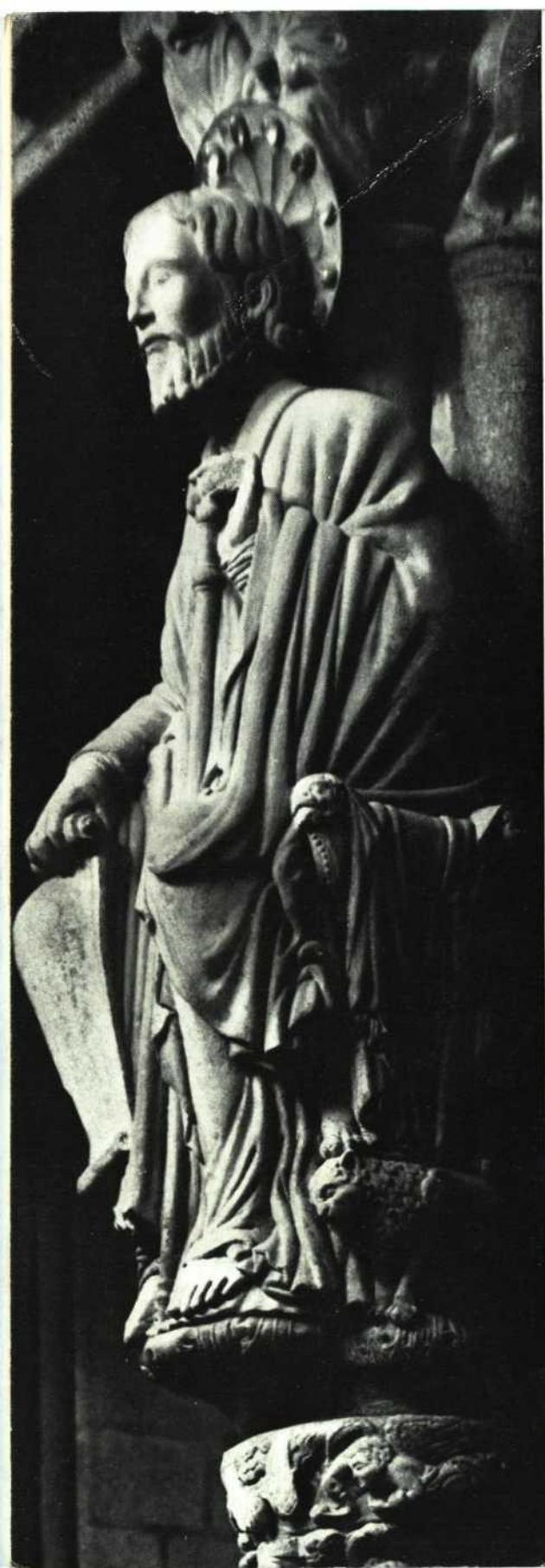
rece haber sido el camino más frecuentado. Desde Sarria, por Barbadelo, se llegaba a Puertomarín, en situación pintoresquísima sobre el Miño, y hoy sumergida por las aguas de una presa, aunque sus monumentos han sido desmontados y reconstruidos en la nueva población. Este trayecto gallego se distingue, más que por la importancia de sus monumentos, por lo pintoresco del paisaje. En Palas de Rey se alcanza la actual carretera de Lugo a Santiago. Pasados Mellid y Arzúa, al aproximarse a Compostela, los peregrinos encontraban un paraje boscoso con un arroyo donde solían bañarse, habiendo conservado el lugar el topónimo de Lavacolla. Más adelante, desde la altura del Monxoi, o Monte del Gozo, los peregrinos vislumbraban por primera vez las torres de Santiago.

INDICE

Páginas

PRESENTACION

<i>Carta a un amigo norteamericano sobre el Jubileo de Santiago.</i>	3
I. <i>¿Qué es el Camino de Santiago?</i>	9
II. <i>Los itinerarios españoles</i>	11
III. <i>El peregrino jacobita</i>	13
IV. <i>El Códice calixtino</i>	16
V. <i>Un medio de relación cultural</i>	19
VI. <i>Breve itinerario del Camino de Santiago</i>	22



Núm. 460